
LOS PERFILES DE UNA EDUCACIÓN PARA EL SIGLO XXI

Luis Alberto de la Garza

Como toda propuesta, es muy posible que este texto presente muchos elementos que pueden resultar utópicos o ideales; algunos requieren, por supuesto, de un mayor desarrollo y sustento y otros –quizá más importantes– no fueron tomados en cuenta, pues no pretendo en este trabajo afirmar nada cualificado sobre un campo en que no soy experto. Por ello mismo espero no tener ningún temor a contradecirme o a no protegerme con suficiencia, dado que las características de este artículo son precisamente las de un ejercicio de reflexión en libertad.

El primer punto que deseo destacar es el de la definición misma del concepto educación, entendido como “un proceso de socialización de los miembros más jóvenes de una comunidad, a fin de integrarlos en las normas y valores imperantes en ella” o en esta otra que afirma que se trata de “un proceso de integración social y de transmisión cultural mediante el cual, en el ámbito de situaciones históricas, ambientales y familiares concretas, se estructura la personalidad humana”. Finalmente, en pedagogía se entiende por educación “al conjunto de iniciativas individuales o colectivas que tienden a orientar de manera sistemática dicho proceso hacia objetivos previamente fijados, mediante métodos históricamente determinados”.

Aprovechando estas últimas palabras, quisiera señalar que mi experiencia educativa ha sido, básicamente, como profesor de historia y con esta deformación me es casi imposible no hacer un recuento histórico para proyectar a futuro, lecciones del pasado y del presente.

La referencia a “métodos históricamente determinados” significa que la metodología educativa no sólo se ocupa de los modos de transmisión de los contenidos del aprendizaje, sino de todos los demás componentes cuyo objetivo sea la formación del individuo, e implica en consecuencia, una organización compleja que prevee lugares, objetos, momentos,

actividades, personas y experiencias específicas. En su evolución, estos métodos educativos han estado estrechamente vinculados a la vida política, económica y cultural de los grupos sociales que los llevan a la práctica en instituciones y organizaciones concretas.

Desde su papel indiferenciado en las sociedades primitivas, en las que formaba parte del desarrollo de la vida social y era ejercida por padres, ancianos y sacerdotes, la educación va adquiriendo formas específicas y cada vez más organizadas.

Esta evolución educativa atraviesa los estilos de carácter autoritario y aristocrático de la Antigüedad, fundamentados en una rígida base moral y religiosa; pasando por la introducción de la Retórica de los Sofistas, quienes creían en la capacidad ilimitada de los hombres para la educación y pensaban que la “virtud” podía ser enseñada, en oposición a la vieja doctrina mística de la sangre; la reforma utópica de la Paideia sobre bases político-filosóficas del idealismo de Platón; el intelectualismo y racionalismo lógico de Aristóteles; la revaloración de los valores familiares y de las virtudes ideales del ciudadano tales como la independencia de juicio y acción, la gloria, la devoción, la fidelidad y la situación en la vida pública, de la educación romana.

La educación cristiana, destinada a la apertura del alma del discípulo a la iluminación divina, teorizada por San Agustín, pasando a la educación cortesana y caballeresca de la Edad Media junto a la formación religiosa de monasterios y parroquias; la aparición de las formas laicas de educación a partir del siglo XIII vinculadas al aprendizaje artesanal y profesional; la creación de los modelos formativos universitarios como respuesta a un proceso de concretación económica urbana. Las proclamas humanistas del siglo XVI en torno a la exigencia de una instrucción más acorde con las condiciones políticas y económicas de la sociedad, junto a la apertura de instrucción popular que presagia la Reforma. Ello llevaría a la construcción de una cultura protestante vinculada a la evolución socio-económica y al nacimiento de la ciencia moderna que más tarde tendería a la instrucción profesional del joven y a la formación moral del futuro trabajador. Al mismo tiempo la tradición católica, especialmente jesuítica, intentó combinar al estudio de los clásicos con la teología y las ciencias, en una organización escolar basada en la competición individual, precisos rituales disciplinarios con formas repetitivas de aprendizaje que constituyeron la modernidad de países como el nuestro.

En este derrotero, la educación adquiere su forma específica en el siglo XVIII con reflexiones filosóficas sobre el papel de la sociedad en la educación y pone su énfasis en la perfectibilidad humana por medio de

la razón y la formación de individuos libres. El método educativo es teorizado como natural y debe corresponderse con la fase del desarrollo del individuo.

A partir del siglo XIX la educación se diversifica en numerosas especialidades al tiempo que pretende estimular la capacidad de creación y crítica. De esta época procede uno de los aspectos más complejos de la educación que es, desde mi punto de vista, uno de los grandes desafíos de la educación del futuro: la compartimentalización que nos ha llevado a un mundo de perfiles tecnocráticos, de especialistas, entendidos a la manera de George Bernard Shaw, como "aquel que sabe cada vez más sobre menos cosas hasta saberlo todo sobre nada".

El siglo XX ha desarrollado la tendencia a la especialización, relacionada con la exigencia de reorganizar el sistema escolar sobre una base científica, que en muchos casos conduce a una fragmentación contradictoria en que se pierde el sentido de la educación, entendida en los términos definidos al principio de este artículo, es decir como "proceso de integración social".

La idea generalizada, por desgracia, de unas Humanidades peleadas con las Ciencias o viceversa, no es sino la más general de las supuestas especializaciones en donde una igualmente supuesta actitud utilitaria lleva a los jóvenes a elegir entre melón y sandía, a partir de una equívoca postura de "¿a mí para qué me sirve?"... En ella parece confirmarse una existencia humana de estamentos rígidos de científicos puros, humanistas soñadores, profesionales exitosos, técnicos prácticos, músicos y poetas locos, frente a masas ignorantes disponibles para ser conducidas por los "conocedores".

La propia organización escolar manifiesta esta división desde el principio y la va acentuando conforme avanza el grado escolar, que define la futura especialización entre áreas, entre escuelas profesionales, politécnicas, técnicas, de artes y oficios, y de éstas a la superespecialización en cada ramo.

Cuando se produjo el terrible accidente en la planta nuclear de *Three Mile Island*, en Estados Unidos, las autoridades norteamericanas descubrieron con pavor que la gravedad del mismo se debió a que ninguno de los técnicos—altamente especializados—estaba en condiciones de adoptar una decisión global.

Esta tendencia a la fabricación de especialistas y tecnócratas se ha convertido en la institucionalización de todas las actividades intelectuales, en un vulgar reduccionismo al que se somete lo que no puede ser reducido o como lo dijera el médico norteamericano Erwin Chargaff:

una expertitis galopante, borracha de títulos y prestigio; el convencimiento general de que cualquier cosa que sea nueva desplaza automáticamente a cualquier otra que sea vieja.

El ejemplo mexicano de los últimos años puede dar cuenta cabal de esta situación: gobernados por doctores, especialistas, tecnócratas, post-modernos, se le dio la espalda a lo "viejo", se dejó atrás la cultura tradicional y se olvidó la historia creando una abundancia de "nuevas" leyes entronizadas y derogadas en forma exageradamente rápida, que dieron como resultado el fin de la ilusión primermundista y una crisis sin precedentes.

¿Cuántos de nosotros quisiéramos ver a nuestros políticos más encumbrados someterse a un simple examen de admisión para ocupar un puesto en la Universidad? Creo que hasta los más escépticos se estremecerían ante los resultados, ya que les sería difícil aceptar la excusa de que con tantos grupos de expertos al alcance de la mano, a nuestros políticos no les queda más que reunirse con la prensa.

En todo caso se puede decir que ello es, en buena parte, resultado de formas de educación en las que los institutos y las universidades empezaron a funcionar como fábricas de conocimientos, dejando atrás su verdadera tarea de educar a los jóvenes. Los centros de enseñanza se han convertido en oficinas de expedición de permisos profesionales y de patentes de expertos. Quizá, como señalaba un profesor universitario, el día que la Universidad no dé títulos, la gente acuda a estudiar en ella.

Todo ello produce un proceso de desintegración social cada vez mayor, una exacerbación de la individualidad, un sálvese quien pueda, una frialdad e intolerancia en la que lo importante es que las cuentas ajusten y que los contrarios se mantengan callados.

Tampoco nuestro sistema educativo ha sido muy afortunado en los últimos tiempos en la "transmisión cultural para estructurar la personalidad humana". No podría hablar de procesos de deshumanización, porque ello implicaría suponer que hubo periodos mas humanizados, pero sí puedo hablar de una cierta pérdida del lenguaje humanista ante una sociedad que parece renunciar a su biografía y a su experiencia.

Ante un mundo que sólo nos ofrece el consumismo como expectativa, resulta cierto que el fabricar nuevos zapatos, así como nuevos directorios telefónicos es necesario porque los viejos ya no pueden usarse, pero ello no puede aplicarse de la misma manera a aquello que llamamos conocimiento, pues en este campo la novedad estará desprovista de valor mientras el viejo conocimiento esté perdido para la gente.

Éste ha sido resultado del ansia de novedades y de la expropiación de

la experiencia por una civilización que cree en una revolución científica permanente, donde lo que hay en realidad es una revolución tecnológica, cuyos conceptos básicos siguen fincados en el neopositivismo disfrazado, hoy, de posmodernidad.

Padres y ancianos no son ya parte del desarrollo del conjunto de la vida social como educadores, pues sus normas y valores son considerados, en el mejor de los casos, como el fin de la educación. (Paradójicamente nuestra edad resulta de lo más ignorante que se pueda imaginar).

La metodología educativa actual, que ha tratado de basarse en las conquistas de la cultura tecnológica e intentado responder a las exigencias de la sociedad industrializada, se enfrenta hoy a un estado de crisis económica, política y existencial que esa misma cultura y esa misma sociedad han generado.

Casi toda definición de nuestro tiempo parece contener el prefijo "post", como si todo el presente fuera pasado y no hubiera ningún futuro esperándonos. Vivimos así en la era "postindustrial", "postguerra fría", "postmoderna", "postideológica" y si se quiere seguir, también póstuma.

La pérdida de experiencia significa también la pérdida de identidad, pues en la era de la globalización política que podemos, parafraseando, considerar como "fase superior del imperialismo", no existe la palabra "postburgués" y hasta los viejos proletarios como todo el mundo, son un poco burgueses o están estudiando para convertirse en tales.

Pues bien, tengo que hacer finalmente la confesión —para aquellos que esperaban un buen recetario educativo— que no tengo ninguna fórmula para resolver la educación de la próxima centuria.

Mi única certeza es que ésta no puede continuar por los caminos que nos han conducido hasta aquí, que el hecho de que a la mayoría no le guste la escuela o de que salgan hechos unos ignorantes, sugiere que tenemos aún mucho que aprender sobre el aprendizaje como proceso, y que, por lo tanto, algo anda mal en nuestra forma de enseñar.

Sin embargo, para no parecer un pesimista, me atrevería a sostener que una educación del futuro próximo tiene que volver a retomar los valores humanistas, ser más cooperativa que competitiva, darle más lugar a la experiencia que a la información evitando el conocimiento sin sabiduría, insistir en la formación ética y la mentalidad creativa tratando de superar el dogmatismo y la intolerancia retomando —en su dimensión actual— la idea de los sofistas griegos de formar a las nuevas generaciones para la participación política, en donde el objetivo de la educación sea formar gente de inteligencia.